

Eduardo Matos Moctezuma, *Tenochtitlan*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2006, 190 p.

El libro que nos convoca es la primera edición del texto *Tenochtitlan*, publicado por el Fondo de Cultura Económica en coedición con El Colegio de México y escrito por Eduardo Matos Moctezuma en 2004, según se lee en la firma de la presentación. Matos se ha convertido en la voz más autorizada para hablar de la Gran Tenochtitlan, de sus fundadores y habitantes los mexicas, y de su Templo Mayor, sobre todo a partir de que tuvo la responsabilidad de su exhumación a finales de la década de 1970. Mi propósito es presentarles un sumario del contenido del libro, mis puntos de vista sobre la ciudad del “Pueblo del Sol”, mi percepción de Eduardo Matos como el “Virgilio” con quien visitar lo que antes estuvo oculto y, por último, una consideración sobre por qué seguir reflexionando sobre una ciudad de la antigüedad; una respuesta tangencial para aquellos que no acaban de entender por qué la necesidad de seguir hablando de los muertos.

Me parece que el libro está llamado a ser la guía para conocer en todos sus aspectos el origen y colapso de una ciudad que habiéndose fundado en el “punto cero” del universo, estuvo destinada a reconfigurar el tiempo y mantenerse vigente al paso de los siglos. La ciudad yacente bajo las estructuras de este Centro Histórico del mestizaje, sigue latiendo con la presencia de las esculturas de sus dioses, que de tanto en tanto van apareciendo entre los movimientos de tierra, que por una razón o por la otra, se han ido haciendo para la mejor adecuación de la ciudad que habitamos hoy en día; la Coatlicue en 1790, Coyolxauhqui en 1978, Tlaltecuhltli en 2006. Con un estilo de escritura directo y con lenguaje preciso, el autor narra en forma coloquial todo lo relativo al grupo indígena que llegó a convertirse en el imperio mexica; para ello adelgaza el aparato crítico tan socorrido por los historiadores, pero

que puede quitarle amabilidad a la lectura; aparecen sólo cuando es estrictamente necesario las referencias a la nomenclatura arqueológica tan seca como rigorista, me refiero a la que menciona estratos y superposiciones a partir de numerales romanos, que son siempre un dato científico que detiene el vuelo de la imaginación para evitar la invención lírica. Junto a ello, Matos avanza siempre guiado por el testimonio arqueológico, por la datación y la comparación formal, que en muchos casos como arqueólogo hizo personalmente para constatar lo que dijeron los otros, los que son su auxilio alterno, los cronistas del siglo XVI y sus colegas del siglo XX. Por esta razón, entreverados en la prosa, están los testimonios de Alvarado Tezozómoc, fray Bernardino de Sahagún, Diego Durán, los *Anales de Tlatelolco*, Chimalpahin o Cristóbal del Castillo, quienes dialogan al tú por tú con Miguel León-Portilla, Leonardo López Luján, Alfonso Caso o Christian Duverger. Por esta razón la narración no se desvía a la fantasía y más que percepciones hay argumentos con paternidades reconocidas y siempre muy respetables. La prosa de Matos no es la del arqueólogo acostumbrado a redactar reportes, es la del historiador que apoyándose en la arqueología va construyendo el espacio intelectual en donde el pasado adquiere la lógica y la claridad de la vida en sociedad. Por eso constantemente vemos cómo, para responder a una duda histórica, llama a la interpretación de un mito, a un dato histórico o a la narración de un testigo. Yo sostengo que el mérito de una adecuada construcción del pasado está en sostener la visión de la epopeya sin dejar de lado la calidez humana que la hizo posible.

El libro sobre Tenochtitlan inicia con un capítulo relativo a Teotihuacan y Tula, en tanto ciudades que ofrecieron su imaginario arquitectónico y religioso para la configuración de la de los mexicas. Narra después la famosa peregrinación y los años del vasallaje en el lago de Texcoco, hasta que apareció el “águila que se humilló frente a los aztecas”; nos platica las razones de la fundación urbana a partir de la mitología y del uso que de la historia hicieron los mexicas, me refiero a la planificación urbana de Teotihuacan y a la morfología arquitectónica de las ciudades del valle, que ellos convirtieron después en la estética con la cual sostuvieron una parte de su cosmogonía. Siguen después dos capítulos en los que de manera prolija nos describe qué había y cómo estaban organizados los dos grandes ámbitos urbanos, el espacio de los dioses y la ciudad de los hombres, quienes por la gracia de los primeros habían dominado la física construyendo la antinomia, la plataforma estable sobre un espejo de agua. En otro apartado nos enteramos de qué hacían, cómo subsistían, cómo trabajaban, cómo nacían y cómo morían los mexicanos, todo dentro de la lógica de un universo

medido y reconocido, en lo que todo se movía siempre y cuando hubiera armonía entre los mexicas y sus dioses; el calendario y su reparto del tiempo, es un testimonio claro de este orden universal.

El último capítulo narra la batalla final y la caída a partir de lo que ahora refieren los prehispanistas como “el contacto”, que para mí sigue siendo la llegada primero accidental —la de Cristóbal Colón— y luego intencional de una tropilla de aventureros, la mayoría improvisada como soldados; me detengo un momento en esta parte del libro. La batalla final la dieron 24 000 tlaxcaltecas, apoyados por 897 españoles, 84 caballos y no más de 40 piezas accionadas con pólvora, que pusieron un sitio de 75 días a Tenochtitlan. Parafraseando a Matos, además del enfrentamiento cuerpo a cuerpo los factores que provocaron la caída fueron: la falta de agua potable, la viruela y la necedad de los mexicas por tratar de capturar vivos a los españoles. A esto siempre he agregado otro tema: la traición de los dioses. La fatalidad realmente empezó cuando al día siguiente de la captura de Cuauhtémoc, el 13 de agosto de 1521, el Sol volvió a salir por el oriente. La lógica era que sin *tlatoani* y sin sangre que ofrendar, el Sol debió de haber quedado para siempre en el inframundo.

Alguna vez Matos me platicó que haber leído el libro de Walter Ceram *Dioses, tumbas y sabios*, definió su vida como arqueólogo. Creo que todos tenemos “libros tutelares” que son los que nos abrieron una puerta insospechada en algún momento de la vida, desde el cual advertimos el espejo en el cual nos vimos de cuerpo entero, incluyéndonos emociones que antes no habíamos sospechado. Uno de mis libros es el *Toro de Minos*, escrito por Leonard Cottrell, lo leí por primera vez cuando estaba en la Preparatoria y desde entonces inicié un peregrinar por las ciudades de la antigüedad siguiendo las narraciones de sus arqueólogos. Esto que acabo de decir es para mí una certeza, los arqueólogos han quedado vinculados a las ciudades que exploran: puedo recordar a sir Arthur Evans descubriendo Cnosos, a Heinrich Schliemann con la mirada en Troya y Micenas, a Alberto Ruz viendo el rostro de Pakal en Palenque y a Eduardo Matos excavando las superposiciones de Tenochtitlan. La gracia de estas travesías a partir de la lectura no es la del dato histórico, sino la calidez del relato que haya podido hacer el cronista, por eso Matos quedó prendado de lo que cuenta Ceram en su *Dioses, tumbas y sabios*. Releyendo el *Toro de Minos*, me encontré con la descripción que hace Cottrell de su llegada a Micenas siguiendo las huellas de Schliemann: “Asomaba una luna llena, y los bosquecillos de olivos susurraban suavemente en la brisa nocturna, impregnada de un débil aroma de tomillo (...) echándome la maleta al hombro, me puse a caminar por el recto camino rodeado de olivos que conducía a una colina

bañada en la luz de la luna. Al empezar a andar me animé sin saber por qué tuve la sensación de que Micenas no me desilusionaría” (p. 21). Mi esposa, que me ha acompañado en estas andanzas, nunca ha olvidado que nuestra llegada a Micenas fue tal como Cottrell narró la suya, tanto que si yo la hubiera prefigurado así, nunca hubiera sido tan fiel a esta descripción.

Siempre me han cautivado las narraciones de los arqueólogos cuando nos platican cómo comprobaron una hipótesis, o la emoción que sintieron al asomarse por una de las ventanas del tiempo. En este sentido hay un pasaje en el libro *Tenochtitlan* donde Matos nos platica el desarrollo de una batalla; guerras ha habido muchas en la historia de México, pero ésta fue una que se libró entre pirules y nopales muy cerca del sitio donde estamos ahora, cuando los mexicas se liberaron de los tepanecas. Nos cuenta Matos: “(...) mientras Nezahualcóyotl está en el cerro de Cuauhtepac, desde donde prende fuego en señal de dar comienzo al ataque, las tropas de Izcóatl y los tlatelolcas se lanzan por la calzada de Azcapotzalco en tanto que el general Moctezuma acomete con las suyas por Tlacopan. Los combates arrecian en todos los frentes y las fuerzas de Izcóatl y Cuautlaloatzin toman el foso fortificado de Petlatalco, que es recuperado poco después por los soldados tepanecas (...)” (p. 54). Mientras leía este pasaje, pude imaginar al gallardo Moctezuma Ilhuicamina (¿habrá tenido 25 años?), en el momento de declararle la guerra a Maxtla, señor de Azcapotzalco.

Cuando se trata de explicar lo que emergió de la entraña del Templo Mayor, Matos cita la referencia del cronista y la tradición del mito para concluir con una deducción, por ejemplo: “Un hallazgo importante fue el de ocho esculturas, algunas de tamaño natural, que se encontraron reclinadas sobre la escalinata del lado de Huitzilopochtli... pienso que estas esculturas de piedra representan a los huitznahuas los guerreros del sur contra los que combate Huitzilopochtli, según relata el mito. Me baso en la observación de que algunas de las figuras tienen los brazos protegiendo el pecho y otros tienen en el pecho una oquedad, dentro de las cuales se encontraron piedras verdes a manera de corazón...” Cita después a fray Bartolomé de las Casas, quien escribió sobre las piedras finas y verdes como corazones. Haciendo el parangón recordemos ahora a Schliemann en 1876, en Micenas, mientras trata de entender una referencia de Pausanias para ubicar la tumba de Agamenón: “No cabe la menor duda que [Pausanias] aludía únicamente a las inmensas murallas ciclópeas tal y como él las vio, y no a las que no vio... no pudo ver las murallas de la ciudad baja, porque habiéndose construido originalmente de muy poco espesor, habían sido demolidas, en 638, antes de su tiempo... por estas razones decisivas yo he inter-

pretado siempre el pasaje de Pausanias en el sentido de que las cinco tumbas se encontraban en la parte baja”.

Evans trabajó en Cnosos siguiendo la línea de los mitos; Schliemann ubicó Troya con la *Iliada* en la mano; Matos, leyendo los pictogramas y los códices fue exhumando monolitos y basamentos, recordándoles a cada uno de ellos el nombre con el que había quedado registrado después de la información que dieron a los cronistas los propios mexicas. De esta manera nos explica el mapa de Nuremberg de 1524 con todos sus detalles, incluso el que tiene que ver con la enorme bandera de la cual desconocía su sentido y que, ahora sé, señala a la población de Tacubaya en la cual se pertrechó Cortés antes del ataque final. Siempre con el plano de un códice enfrente, o con una crónica previamente cruzada con datos históricos, fue como Matos arqueólogo avanzó hacia los cuatro rumbos, vaciando la tierra del Templo Mayor, dejando al descubierto la geometría prehispánica, provocando con ello una vuelta a la relación durante muchos años embozada, la de la arquitectura solar con la de los dos recintos internos inventados en el Mediterráneo.

Nos cita Matos que el día de la fundación de la ciudad, el 13 de abril de 1325, hubo un eclipse de Sol que inició a las 10:54 de la mañana y terminó a las 11:00 horas. Es muy probable que la fecha haya sido elegida por los sacerdotes para iniciar la cuenta del tiempo; es muy probable también que para este momento se hubieran presentado ya los signos propiciatorios y que sólo faltara un evento de gran magnitud para suponer que se abrirían en un punto de la geografía las seis rutas del universo. El punto fue el islote en el lago, donde tomó su posición el Templo Mayor de los aztecas. Siempre me ha parecido que el edificio tuvo dos cualidades muy peculiares: una belleza clásica en la fachada poniente, con sus escalinatas gemelas y un eje de simetría rotundo, que pareciera ser la representación del eje mismo que unía al Omeyocan con el Mictlan; en segundo término, una extraña apropiación de valores estéticos que en realidad lo hicieron operar como una obra de arte ante la que los sentidos se abrieron a la percepción. La gran pirámide olía a sangre y a copal quemado, mostraba a la vista los signos del poder celestial y tenía unas serpientes realistas en su derredor, que con sus crótalos mágicos todo lo podían en contra de las fuerzas del mal. En Tenayuca, un edificio antecedente de la gran pirámide de Tenochtitlan, cada vez que voy quiero escuchar el cascabeleo del *coatepantli*, en donde las serpientes no son la repetición de un modelo, por que cada una es distinta por la posición de la cabeza y la forma del cuerpo, esto lo interpreto como la reunión de los individuos y no como la repetición de una unidad. Algo que ya no se ve en Tenayuca y que a juzgar por la imagen

del *Códice Durán* sí aparecía en Tenochtitlan, es el remate de la gran pirámide con taludes invertidos; hay que tomar en cuenta que el mismo refinamiento táctil que labró el *océlotl cuauxicalli*, e imagino el giro del cuerpo desmembrado de Coyolxauhqui, fue el que ajustó la proporción del perfil del Templo Mayor.

Me quiero referir por último a las razones por las que creo que es importante seguir hablando de Tenochtitlan hoy en día. Hace no mucho una persona que acaba de estar en Berlín, se preguntaba delante de mí el por qué de la necesidad de los berlineses de seguir levantando memoriales del holocausto. Me parece que la respuesta es que la gente siempre ha tenido necesidad de contar y ver su historia; la historia de las ciudades se ve y se entiende mediante los signos que son los objetos físicos que activan nuestros imaginarios y a partir de ellos recordamos, nos identificamos, sentimos orgullo o vergüenza por las miserias. Los imaginarios son acervos reunidos a lo largo de la vida, de la nuestra y de la sociedad que ha construido parte de la ciudad. Creo que la vida sólo se puede entender aceptando el vacío que conlleva la muerte; quizá los alemanes están sembrando su ciudad con signos de muerte, porque tienen deudas con la comprensión de la vida. Con Tenochtitlan y en particular con el vestigio de su centro ceremonial, lo que tenemos son las ruinas que ahora se constituyen en símbolos de la ausencia, y lo que me parece importante para los que siendo profanos nos acercamos a la ruina sin la inquietud intelectual, es la percepción de nuestras sensaciones frente al vestigio del pasado. Trataré de ser más claro: siguiendo al etnólogo Marc Augé, las ruinas siguen transmitiendo un tiempo perdido, su tiempo de origen, que no es igual al del presente desde el que observamos. Dice Augé: “la distancia entre un [testimonio] pasado abolido y una percepción actual incompleta... es la percepción del tiempo, de la evidencia súbita y frágil del tiempo”. No es el tiempo que se registra en los libros, sino aquel que se percibe como una exhalación o un aroma, un tiempo finalmente con el que podemos tener conciencia de la historia, y esto no es otra cosa que condición humana que siempre ha sido aceptada. Una de las múltiples sentencias escritas por los egipcios en una de sus tumbas es: “He visto el ayer: conozco el mañana”.

El mismo Matos nos lo recuerda de manera indirecta en una parte de su libro al citar algo que los mexicas aprendieron de los toltecas, anotándonos las estrofas del *Códice matritense*: “los toltecas eran experimentados, acostumbraban dialogar con su propio corazón...”. Ese diálogo íntimo es siempre con el pasado, y los mexicas lo habían aprendido de la historia. El saber que ahí está el Templo Mayor excavado y consolidado por Matos, sin haber falseado ni el testimonio ni la porción física, porque entonces hubiera ultrajado la autenticidad y con ello la

posibilidad de atisbar en el tiempo abolido, nos permite muchas posibilidades, desde luego la de la imaginación y la evocación de un espacio de cuatro dimensiones, la de la recreación de nuestro linaje como sociedad y cultura, la de la exhalación del aroma fugaz del tiempo puro de la historia, y quizá lo que para mí es lo más importante, la comprensión de la vida desde el escenario donde se rindió culto a la muerte: sé de dónde vengo, puedo decidir a dónde voy.

ENRIQUE DE ANDA ALANÍS